

Secretos de Familia

Lema: *las voces y los juicios*

Me crié en una familia acostumbrada a comunicarse con un puñado de palabras, de las cuales aproximadamente el cincuenta por ciento eran hereditarias. Mis padres, mis abuelos, mis bisabuelos (imposible datar el origen exacto de aquel fenómeno en nuestra genealogía) se las fueron pasando como el que soltaba un lastre, y nadie se preguntó si más allá de laya, almocafre, celemín o mojón existía vida: vida más allá de lo agrario, me refiero. La otra mitad de nuestro acervo lingüístico (que bien podría definirse con el lema "el español en menos de cien palabras") estaba dedicado íntegramente a exponer las formas de criticar a mi tía Virtudes, que dicho sea de paso jamás variaron, adecuándose a un modelo estándar.

Aquel verano de 1978 mi primo acababa de llegar de Madrid a pasar las vacaciones en mi casa. En un año había crecido tanto que me sacaba la cabeza, a pesar de que ambos teníamos catorce años, esa incierta edad que lo mismo nos convertía en teúrgos de nuestro propio cuerpo que en seres insulsos y asexuados. Pero además le había nacido un bozo incipiente que le daba un plus varonil, y una voz cazallera de bodega gaditana, y un acné que convertía su cara en una luna salpicada de cráteres. Supongo que todo ese ajuar, por inédito, le dio alas para pensar que había ascendido a un escalafón al que yo todavía no tenía derecho, pues en vez de saludarme con dos besos me dio una colleja y soltó una broma de mal gusto sobre mis coloretos. Aquel aire de superioridad, pienso. Aquella forma de decirnos a los del pueblo, entre otras muchas cosas, que comíamos mucho cerdo, que para medrar debíamos seguir sus pasos, lo que hubiera significado eliminar los handicaps que nos atenazaban, empezando por untarnos la piel en Nivea, pues a nadie se le escapa que la gente del medio rural poseemos, todavía hoy, un cutis cobrizo bastante homogeneizado, cierta desidia por la imagen, no hay más que ver el lustre que se gastan los veraneantes.

Sin embargo, mi primo tenía un handicap que yo no poseía: era miedoso. Tenía miedo a las voces, sobre todo. Por eso, cuando nos sentábamos a la mesa y alguien dejaba caer a gritos una de esas palabras que nos limitaban, agachaba la cabeza y le tentaba el ánimo de llorar. Digamos que no estaba hecho al tedio de escenificar las conversaciones eternamente repetidas. En esos momentos me daba tanta pena que le solía dar una patada en la espinilla por debajo de la mesa, y así conseguía tranquilizarlo a medias.

En la comida sonó el teléfono. Mi hermana, con la primera cuchara de sopa en la boca, miró a mi padre de reojo. Mi padre detestaba el ruido del teléfono. Aun así, el novio de mi hermana, que conocía ese odio de su futuro suegro, no podía evitar llamarla a la hora de la comida todos los días, pues decía, y en eso llevaba razón, que así no gastaba dinero a lo tonto intentando localizarla. Antes de que mi hermana saltara del banco mi madre, que venía de la cocina con el pan y pasaba junto al aparato, ya lo había descolgado. Entonces ocurrió. Todos vimos cómo se quedaba contrita, volviéndose de todos los colores tras colgarlo. Mi hermana se llevó la mano a la boca y se le llenaron los ojos de lágrimas. Y es que no era bueno para la salud oír tantas radionovelas en Radio Peninsular, sobre todo para una chica de pueblo incapaz de verificar los alcances de la ficción. Menos mal que mi madre, con una negación de la cabeza, la devolvió a su remanso de paz folletinesco. ¿Se le pasaría a mi hermana por la cabeza que tal vez su novio, en un arranque de estupidez, se había liado con alguna muchacha que pasaba junto a su huerta mientras él escardaba el cebollino? Peor aún: ¿Pensó en su muerte, lo mismo daba si era una muerte violenta, como ocurre actualmente en las telenovelas, cuando igual lloran que ríen ante un cuerpo

atravesado por un machete o cosido a balazos? Llevaba un tiempo, no mucho, inmerso en las dudas sobre los comportamientos y las pasiones humanas que se desataban a mi alrededor. Un runrún que unas veces me convertía en un filósofo de pacotilla y otras me deprimía, preguntándome si sería por mero influjo genético o por el empuje de unas hormonas a punto de explotar. Pero dejemos las enfermedades del alma que aún me atenazan para otros momentos, porque aquí lo que interesa es lo que soltó mi madre tras reponerse del susto. Dirigiéndose a mi padre le dijo:

-Era tu hermana.

No recuerdo bien si mi padre llegó a cagarse en lo más alto o si, en un último instante de cordura, se detuvo a tiempo para que no nos percatásemos de que Dios era el final de su blasfemia. Aunque me temo que nadie dudó sobre lo que quiso decir, pues hasta el más limitado posee la suficiente competencia lingüística como para entender que aquello no fue una interjección festiva. Tras dicho arrebató nos sumimos en un largo silencio que mi primo, al contraérsele la glotis por el miedo, rompió con una tos tan violenta que varios días después mi hermana seguía encontrando restos de fideos en las tulipas del florón. Por cierto, mis patadas no hicieron mella en su estrenada pubertad. Al parecer, el vello no nos investía con la poderosa arma de la impunidad y el arrojo, como yo creía.

-¿Y? - preguntó mi padre alzando las cejas, dirigiéndose a mi madre sin dejar de darle palmadas a mi primo en la espalda.

-Pues que viene a visitarnos -contestó mi madre balbuceando.

De mi tía Virtudes sólo sabía sus alias: la "pelleja", la "indecente"... y otros muchos epítetos que es preferible no referir, todos ellos profundamente connotativos a pesar de su nombre. Del resto de su historia conocía lo que mi madre contaba a la hora del postre, que era el momento elegido para sacarla a relucir. Mi madre estaba unida a tía Virtudes por vía del odio, y cualquier disculpa le venía al pelo para invocar su presencia con un "putilla", ese insulto que, pronunciado por una mujer, adquiere una sutileza femenil implacable. Por eso había que mantener la duda: no sólo porque no conocía a tía Virtudes (nací varios años después de su desaparición), sino porque los sesgos no son buenos, sobre todo si el que te cuenta una historia es, a todas luces, parcial. Y mi madre lo era por partida doble: por relatar la vida de otra mujer y por relatar la vida de otra mujer que, además, era su cuñada. Para no alargarnos en detalles que, por otro lado, no son de gran fuste sino para inventariar las formas del escarnio (y porque seguramente eran inventadas o exageradas, ya que mi madre hablaba de oídas o se dejaba llevar por la entereza de una mujer decente, lo cual recalca con asiduidad), la historia de la tía Virtudes se ceñía a la típica huida de una adolescente embobada que se deja embaucar por uno de esos magos que acompañaban a los circos itinerantes que recorrían los pueblos de España a finales de los cincuenta. Con ese simple argumento se vertebró la leyenda, se construyó el bulo, las marujas sufrieron una catarsis tal que mi padre (hombre pusilánime cuando le acuciaban los prejuicios) acabó por creerse que su hermana andaba tirada en cualquier lado (probablemente en Madrid, ciudad de gran bajeza moral) como una pilingui, acostándose con cien hombres al día, menudo era el gremio de los magos en materia chuloputesca, hasta las radionovelas lo advertían...

Tras el relato, en el que mi madre se solazaba con un rencor demoniaco mientras chasqueaba la lengua tras paladear un lingotazo de anís, mi padre, triste en su pose de hombre traicionado, solía entornar los ojos y se hundía en sus recuerdos, tal vez en aquella niñez que nunca nos contó. Después de un rato se espabilaba y decía: “Me voy, tengo que arreglar el arado”. O cosas por el estilo.

Los días previos a la llegada de tía Virtudes nuestra casa se sumió en el caos. Mi padre todo el día agitando los brazos, rumiando su vergüenza, pensando qué dirían los vecinos, esos pensamientos tan inútiles. Por su parte mi madre, como un fantasma, recorrió cien veces la casa con la barbilla hundida en el pecho, ya que una cosa era relatar las cosas desde la distancia y otra vérselas con el origen del pecado, para lo cual una necesitaba estar bien preparada, estudiar las contestaciones al dedillo, hacerse valer. La cosa es que mi tía Virtudes, sin avisar, pues dijo que vendría pero no cuándo, decidió presentarse ante nuestra puerta justo el quince de agosto, día de Nuestra Señora para más inri, conduciendo su propio coche, un flamante Citroen Tiburón. Todos salimos ante sus insistentes pitidos y allí mi madre, quien había ensayado otro saludo, se limitó a un "Virtudes, cuánto tiempo, cuñada". Por su parte mi padre, maleable a las muestras de afecto o por simple mimesis, se lanzó a los brazos de su hermana quien, con aires algo hombrunos, los había abierto para recibir a todo el que quisiera hundirse en su mullido tronco, que por cierto desprendía un penetrante tufo a perfume que hoy día, con una alevosía olfativa tremendamente hermosa, sigue visitándome en los sueños. Incluso mi primo, quizá imantado por las formas de tía Virtudes, que no era su tía porque es mi primo por parte materna, se vio envuelto en aquel abrazo colectivo que Don Onofre, el cura párroco (también fue mala suerte que pasara en aquel preciso momento con toda la comitiva de fieles llevando a la Virgen en andas), probablemente tachó de libidinoso, impropio de nuestra familia, el origen de Dios sabe qué males a los que nos veríamos acuciados, pues nada bueno venía de la gran ciudad, no había más que ver el pantalón ceñido de tía Virtudes, que dejaba adivinar unas piernas atléticas, inusuales por aquellos lares aunque típicas en Madrid, que por entonces vivía la fiebre del movimiento Punk y la psicodelia.

Pero tía Virtudes, lejos de asumir la condena de cien ojos reprobándole su *atrezzo*, se unió de un salto a la comitiva. Fue un movimiento repentino, ágil, tan rápido que nos dejó aturcidos, con los brazos todavía abiertos. Ni siquiera Don Onofre, con su tendencia a anatematizar a los que no guardaban el decoro litúrgico en las jaculatorias, tuvo tiempo de maniobrar. Mi tía, como una María Magdalena rediviva, se adelantó al paso, se arrodilló ante él y, obligando a detenerse a todo el pueblo, le cantó una saeta a la Virgen que a poco hace llorar a Doña Enedina, conocida por usar cilicio y por ponerse garbanzos en las rodillas cuando rezaba el rosario. En un par de minutos mi tía Virtudes, con su experiencia de mujer viajada, acalló las bocas que llevaban veinte años tachándola de perdida, pasando a ser, por mor de su voz (algo ferruginosa, todo hay que decirlo, como si naciera de una garganta acostumbrada al relente de los amaneceres y al vino peleón), una señorita de pro, pues aunque nadie sabía si se casó o no con el mago todos dieron por hecho que no lo hizo, incluso hubo una mujer que negó que se fuera con él, que ponía la mano en el fuego y no se quemaba asegurando que la había visto con sus propios ojos en la mismísima puerta de las Ursulinas del barrio de Palomeras de Madrid, vestida con hábitos y ayudando a los menesterosos que iban en busca de una comida caliente, que eran muchos y muy necesitados. ¿Es que por un mal consejo en su vestimenta, quizá influido por el contacto con los seres réprobos de la calle, entre los que estaban algunos rockeros de la

movida madrileña, drogadictos, bohemios tardíos, parias y degenerados de todo tipo, se la iba a juzgar? ¿Acaso no habían visto ya hace unos años en algunas revistas, mientras se peinaban el moño en la peluquería, que Raquel Welch casi enseñaba los pechos en aquella película, *Hace un millón de años*, y que en Hollywood nadie dijo ni mú? ¿Pues no llevaba Raquel Welch un bikini de piel de oso o lo que fuera y aun así no dejaba, por ello, de ser una mujer que luego, en privado, según rezaba en grandes titulares, daba no sé cuántos miles de dólares para la beneficencia? ¿Y qué decir de Gracita Morales en *Sor Citroen*, una monja, nada más que una monja, conduciendo como una loca por las calles de Madrid, una película que en su día, según dicen, divirtió mucho a Franco? Eran tantos los motivos, tantos los ejemplos que recorrieron el alma cañí de los presentes hasta calar en su subconsciente colectivo, que redimir a tía Virtudes fue tan fácil como había sido condenarla. Pero ella, inmune a las miradas que en aquel momento la veneraban (lo que provocó en mi madre una crisis extraña, como de ida, que le duró varios días), no sólo acabó su saeta en falsete, sino que se atrevió a empujar a Don Honorio, el heredero legítimo de una esquina del paso, poniéndose ella misma debajo, empujando como la que más, rezando más alto que ninguna, demostrando que se sabía el repertorio hasta en latín.

En un momento de lucidez (pues estaba tan deslumbrado por su *performance* que me temblaban las piernas) pensé que mi tía conocía los secretos que adornan esos instantes de gloria que sólo los seres despiadados (Hitler fue un buen ejemplo, con su oratoria) son capaces de alumbrar. Llegué a creer que tal vez sí se había casado con el mago, y que todo aquello no era más que una añagaza, un juego de ilusionismo con su lenguaje críptico, vedado en todo caso al entendimiento de los habitantes del pueblo, unos infelices que sólo sabíamos hablar de aperos de labranza, aparte de criticar al vecino. Lo que estaba fuera de toda duda era que tía Virtudes no formaba parte de una fría estadística, con lo que eso implica de encasillamiento. (Y aquí estoy entrando ya en juicios subjetivos, lo que no deja de ser otra suerte de estadística.) En definitiva, mi tía no podía ser ese tipo de seres quebrados y anormales que pululan actualmente por los programas de televisión jurando que así, sin apenas darse cuenta, como en un tris o en un tonto descuido del destino, se les había olvidado llamar a sus parientes en veinte años. Además no tenía la traza grotesca del desarraigado, sino más bien el lustre del veraneante. Su cutis marmóreo y blanquecino, muy parecido al de la muñeca Mariquita Pérez de mi hermana, con sus pómulos ligeramente abultados, era el de mi musa soñada y también (me lo dijo un tiempo después) el de mi primo, quien se estrenó en el hábito nefando resucitándola a deshoras. Y no era para menos porque viéndola allí, envuelta en sus pantalones de lycra negros, sudando a borbotones entre los hombres más recios, junto al hisopo de Don Onofre, que nos ungía con agua bendita, veía el puro retrato del deseo en mi mente infantil y propensa al apocamiento. Porque el deseo, como el amor, no obedece sino a la razón de la sinrazón. Y yo me enamoré de tía Virtudes. Y aún hay noches en que, al pensar en su hazaña, resucito aquel estado cataléptico que ahuyentó de mí el cincuenta por cien de palabras dedicado a su persona. Un silencio que convertí en otro tedio, pues me dejó un poso de esperanza larvado que los años han sido incapaces de borrar de mi mente adulta. Pero me gusta recordarla así, en su impostura de penitente. Yo iba a su lado, con mis padres, mi hermana y mi primo flanqueándola, como la familia perfecta o la Sagrada Familia. Todos juntos, al fin. Sin saber muy bien qué significaba aquello, quizá mi padre, que se crió con tía Virtudes hasta que se fue con dieciséis años, tenía la clave. Aunque nunca le pregunté por ello, pues nadie debe indagar en las historias ajenas sin el consentimiento de su dueño. Entre otras cosas porque las sorpresas que

depara la imaginación son incontrolables, más que nada porque la mente, por excesivamente liberal, nos implica en cosas que jamás se nos ocurrirían si no fuéramos tan propensos a la divagación, al embrollo y, sobre todo, al daño. Por todo ello me he conformado con el cincuenta por cien de palabras que heredé de mis padres, de mis antepasados. Es verdad que son pocas, pero son inocuas. Y es que prefiero vivir en la inopia: es más cómodo. Aunque a veces los sueños, esa irrealidad que a veces confundo con una realidad que me penetra con los vapores de un perfume evanescente, huidizo, definido con todos los epítetos virtuosos que puedan imaginarse, me juega la mala pasada de verme en el espejo robado del tiempo, y eso me hunde en una especie de delirio que me deprime hasta que abro los ojos. En fin, ser cobarde es una opción tan respetable como otra si se lleva con decoro. Un handicap asumible, en todo caso. Y yo tengo asumida esa condición desde que mi tía, arrogándose el derecho de ser diferente para vencer a la infamia, me traspasó el secreto de su infancia, ese secreto que mi padre probablemente conocía. Fue al despedirse de mí, su sobrino, un niño poco dado al heroísmo al que había cogido un especial cariño durante los días que estuvo con nosotros. Se volvía a Madrid o Dios sabe dónde y por cuánto tiempo, quizá no volvería a verla (y así ha sido, no sé si para mi fortuna o para mi desolación). Cuando me tocaba el turno de sus besos acercó sus labios carnosos a mi oído y me susurró:

-Sobrino, no me recuerdes como tía Virtudes, sino como Rubén, que es mi nombre de guerra en Madrid.